

persa antiguo (1). El jefe de esta insurrección fué Salih Ibn En-Nadr, natural de Bost, el cual á favor de turbulencias provocadas por jaridschitas logró reunir una hueste considerable, compuesta probablemente de habitantes de las comarcas montuosas vecinas, raza robusta cuya introducción en la historia de esta región condujo despues á hacerles dueños del destino de todo el Islam oriental. Los habitantes del Sedyestan se habían hecho mahometanos, pero sin variar su índole ni su género de vida, y en la época de que hablamos mostraron su primitivo carácter salvaje é indómito con tal impetuosidad que los tahiritas, habiendo dejado pasar el momento favorable para sujetarles, se vieron impotentes despues para reducirles á la obediencia. Salih con su gente, bajo el pretexto de combatir á los jaridschitas, se enseñoreó en poco tiempo de toda la provincia, tanto que Tahir tuvo que marchar contra él á la cabeza de un ejército para restablecer su autoridad y el orden; pero apenas lo hubo logrado, y hubo regresado á su capital, volvieron á las manos los voluntarios de Salih y los jaridschitas. Entre los primeros habían adquirido particular fama tres hijos de un hombre del pueblo llamado Leith, cuyos nombres eran Alí, Amr y Yakub. De la vida anterior de Alí nada se sabe; Amr alquilaba burros y Yakub era conocido por El-Safar á causa de su oficio de calderero. Era éste hombre de pocas palabras, meditabundo, devoto, y casi nadie se acordaba de haberle visto sonreír siquiera. Al empezar los voluntarios de Salih su lucha contra los jaridschitas, Yakub, el Safar, dejó el martillo y empuñó la espada, y por su fuerza y valor fué pronto el primero entre sus compañeros de armas. Una horrosa cicatriz que le quedó en la cara á consecuencia del tremendo sablazo de un jaridschita le dió un aspecto verdaderamente feroz. Cuando en el año 247 (861) estuvieron los voluntarios descontentos de su jefe accidental, pusieron en su lugar á Yakub Ibn Leith el Safar, bajo cuyo mando fueron pronto el terror de todas las comarcas vecinas. En efecto, el Safar supo restablecer con mano fuerte el orden y la disciplina en sus filas y conducir de victoria en victoria á sus soldados, codiciosos de botín y de satisfacer sus instintos guerreros.

Entretanto permanecían inactivos los tahiritas. Desde 248 (862) gobernaba en Nischapur Mohammed, hijo de Tahir II, mientras su tío Mohammed Ibn Abdallah continuaba malgastando sus fuerzas en Bagdad entre árabes y turcos. Era Mohammed, hijo de Tahir II, un hombre de carácter noble, dadivoso, inclinado al fausto y amigo de las ciencias, artes y letras, como toda su familia: solo que en él prevalecía la afición á la vida muelle y ociosa. Del talento de gobernar de su antepasado Tahir I no había heredado nada Mohammed, cuya juventud hacía mas visibles sus defectos. Dejó los cuidados del gobierno á sus tíos y primos: en el Tabaristan á Suleiman Ibn Abdallah, mientras el hermano de éste, Talja, gobernaba en Nischapur y Mohammed se entregaba á los placeres, y en particular al vino, en medio de sus cortesanos y poetas. Este hombre no podía ser, pues, temible para el rudo Safar que se burlaba de la intemperie, que dormía vestido, se alimentaba de pan moreno y cebollas, no conocía mas placeres que el combate, y además conocía á los hombres y no tenía rival en astucia. Solía decir que el que no conocía á un hombre á los 40 días de tratarle, no le conocería ni en 40 años. El por su parte los conocía á todos, desde el califa de Bagdad hasta sus últimos guerreros de cuyas filas había salido. Cuando despues de su derrota cerca

(1) El Sedyestan es el Sacastene y sus habitantes los *sacos* de los antiguos; estos *sacos* habían venido del Norte y no eran de consiguiente de raza persa. Del Sedyestan era Rustam (el fuerte), el héroe mas célebre de las leyendas persas.

de Deir El-Akul, y poco antes de su muerte, se le presentó en su cuartel general un enviado del califa Mótamid con proposiciones de un arreglo amistoso, recibióle el terrible é indómito Safar tendido en el lecho del dolor, teniendo á su lado su espada, y un pan moreno y algunas cebollas, y le dijo: «Estoy enfermo; si muero, estaremos en paz, pero si salgo con vida solo decidirá entre nosotros la espada hasta que yo haya conseguido mi propósito ó hasta que me reduzcais á mi posición humilde de antes, sin mas alimento que pan y cebollas.»

Ya se había establecido Safar permanentemente en Seréndch, la capital de su tierra, desde donde emprendió en 248 (862) una expedición que le llevó hasta cerca de Herat, cuando la política vanidosa de los tahiritas y su adhesión al califato que entonces estaba ya declinando, le facilitó una empresa junto al mar Caspio que le abrió la puerta á nuevas victorias.

Mahommed Ibn Abdallah envió desde Bagdad comisionados suyos al Tabaristan para sus asuntos particulares. Estos comisionados excitaron con sus disposiciones el descontento de los habitantes, y Suleiman, el hermano de Mohammed y sub-gobernador de la provincia, tuvo el poco tacto de mezclarse en estos asuntos. Entonces aquellos montañeses rudos é indómitos dirigieron su cólera contra los tahiritas en general. Llamaron al descendiente de Alí, Hasan Ibn Seid, y acaudillados por él arrojaron del país en 250 (864) á Suleiman y á su gente. La sublevación se extendió luego rápidamente á las comarcas vecinas de los deilemitas, hasta Rei y Kaswin, y fué menester enviar de Bagdad contra los rebeldes un ejército, mientras Suleiman los atacaba por el lado opuesto con otro ejército que había llevado de Nischapur. Los sublevados, conducidos por Hasan, combatieron con éxito vario durante el año 251 (865-866) hasta que acabaron por ser rechazados, por lo pronto, á la región inaccesible de las montañas de Deilem; pero en el año 255 (869) encontramos á Hasan peleando con las fuerzas de un general turco del Irak y en 256 (870) era dueño del Tabaristan.

Mientras estos sucesos tenían ocupadas la mayor parte de las fuerzas de los tahiritas, invadió Safar en el año 253 (867) el territorio de Herat, derrotó al sub-lugarteniente, tomó la capital y ocupó á Bushendsch. En aquel año murió en Bagdad el tahirita Mohammed Ibn Abdallah, y ya hemos referido en la primera parte cómo el califa Mo'otás enemistó uno contra otro á los dos hijos del difunto, enemistado cuya consecuencia fué para la familia la pérdida de su influencia en el Irak. Suleiman, llamado por el intrigante califa, marchó en 255 (869) con un ejército á Bagdad, donde trató de reconquistar la influencia perdida, cabalmente cuando Hasan, el descendiente de Alí, volvía á amenazar el Tabaristan y cuando el Safar iba á continuar sus expediciones de rapiña en mayores proporciones que antes. El antiguo adagio que dice que los dioses privan de la razón á los que se proponen perder, jamás quedó mejor justificado que en la familia tahirita, cuyos representantes parecen en los últimos años verdaderamente ciegos, si bien es también verdad que la artera política del califa Mo'otás contribuyó en gran parte á la ruina de esta familia. Cuando Ali Ibn Husein, el gobernador de Fars, en vista de la creciente decadencia de los tahiritas se propuso apoderarse del Kirman, el califa lo consintió, si bien tampoco hubiera tenido medios para impedirlo; pero al propio tiempo concedió el gobierno del mismo territorio á Safar, creyendo hacer de esta manera inofensivos á los dos. Se equivocó lastimosamente, porque no conoció al ex-calderero, el cual fingió retirarse ante las fuerzas de Alí, mandadas por el general Taurk Ibn Mugallis, que ocupó efectivamente el territorio del Kirman, pero se entre-

gó luego al vino y al juego; y Safar, viéndole descuidado y desprevenido, se echó sobre él como el rayo, le hizo prisionero y se apoderó de toda la provincia en el año 255 (869). Desde allí se dirigió á marchas forzadas á la provincia de Fars, haciendo en todas partes alarde de su fidelidad al califa, del cual dijo haber recibido también el nombramiento de gobernador del Tabaristan al mismo tiempo que desacreditaba á Alí acusándole de tener en su ejército curdos paganos que ultrajaban á sus anchas á los súbditos musulmanes. Es muy probable que todo esto fuese verdad y que la tropa curda abusara de los habitantes pacíficos exactamente como abusaba la guardia turca del mismo califa, pero en cambio no es creíble que los soldados de Safar, rudos é indómitos montañeses, despues de pelear como fieras se condujesen como corderos con los habitantes pacíficos porque se sabe que entraban á saco los lugares cuando su feroz jefe lo permitía, y que éste dijo en una ocasión con la mayor sangre fría que sus guerreros eran hombres libres á quienes no podía despedir sin haber satisfecho sus deseos. Al mismo tiempo los presentaba como soldados gloriosos de la fe y devotos como él, su feroz y sutil jefe. Alí se le opuso con 15,000 hombres en los desfiladeros por donde pasa el camino que conduce á Chiraz, entre elevadas montañas y el río Kur; pero Safar hizo aligerar á sus jinetes de peso inútil, pasó con ellos el río á nado, se arrojó sobre las fuerzas de Alí por el flanco y las arrolló antes que tuvieran tiempo de cambiar su orden de batalla. Alí fué hecho prisionero, y tanto él como Taurk tuvieron que pagar sumas colosales de dinero, sin contar lo que Safar y los suyos robaron, porque pasaron todo el país á saco. Safar envió al califa parte del botín, corceles, halcones de caza, vestidos de lujo y almizcle, y renunciando por lo pronto á la posesión de Fars, marchóse con su gente, satisfecha ya, cargado de riquezas. Su intención era volver en el año 257 (871), porque la ocasión era entonces propicia, pues que el califa Mótamid, que desde el año anterior reinaba sobre los fieles, dejando los cuidados del gobierno á su hermano Muwafak, estaba entonces guerreando contra los sındches; pero Muwafak, para apartar y contentar al mismo tiempo á tan molesto y temible servidor, le nombró lugarteniente ó gobernador de Balh, del Toharistan y de todo el país desde allí hasta la frontera de la India y el mar, por supuesto á costa de los tahiritas y en la esperanza de que allí no le faltaría que hacer con el trabajo que le dieran los turcos del Cabul, las tribus montaraces de Gor y los puschtus del Afganistan. Sin embargo, el ex-calderero se mostró á la altura de su nueva posición. Empezó por posesionarse de Balh y despues de haberla devastado en parte pasó las gargantas del Hindukusch y penetró en el valle de Cabul, cuyos habitantes para los musulmanes eran paganos y se habían visto libres desde hacía un siglo de todo ataque de parte de los gobernadores vasallos del califa. Lo que no pudieron realizar los primeros grandes conquistadores mahometanos lo consiguió Safar, que arrolló cuantas fuerzas se le opusieron y se llevó prisionero al rey turco con todos sus tesoros é ídolos. Es de suponer que aquellos habitantes belicosos se alistarán gozosos en la hueste del conquistador, que tan rico botín sabía proporcionar á sus soldados. Safar no descuidó enviar también al califa muchos y valiosos presentes, entre ellos también los ídolos conquistados.

Mientras Safar estaba ocupado en organizar los vastos territorios, que comprendían hasta parte del Pandyab, que había conquistado, además de su emirato del Sedyestan, corrió rápidamente á su ocazo la estrella de Mohammed Ibn Tahir. Hasan, el descendiente de Alí y dueño indisputado del Tabaristan, invadió en el año 258 (872) el país de Gorgan, cuyos habitantes eran desde mucho tiempo adeptos á

la religión siita. Desde allí dista Nischapur unas 40 leguas, y la proximidad del peligro hizo sacudir á Mohammed Ibn Tahir su indolencia, pero ya era tarde: los súbditos fieles á su casa estaban disgustados de ver que su soberano nada hacía para impedir los progresos de su adversario enérgico, activo y astuto; los súbditos desafectos tendían á sublevarse, y todos estaban atemorizados; así fué que el ejército huyó, en 258 (872), desfavorido ante la hueste de Hasan, y al propio tiempo estallaron revoluciones en diferentes partes del Corasan y en el montuoso Kohistan. De esta manera se fué complicando la situación hasta que llegó la catástrofe final. Esta se había ido preparando en el Sedyestan, donde en la ausencia de Safar se sublevó con una facción contra el temido y victorioso jefe un tal Abdallah Es-Sedchesi (el sedchestano), que al regreso de Safar se refugió con su gente en el vecino Kohistan, donde entró en negociaciones con el soberano de Nischapur y por encargo suyo tomó la defensa de la frontera meridional, que lindaba con el Sedyestan. Safar pidió la extradición del rebelde, y como Mohammed Ibn Tahir no accediera á esta petición, entró Safar con un ejército en el Corasan. Cuando el portador de esta noticia llegó al palacio de Mohammed, estaba éste durmiendo la siesta, y habiendo dado orden de no despertarle, dijo el mensajero: «No tardará en llegar el que le despertará.» En estas circunstancias críticas y de prueba se vió que la gratitud y fidelidad son cualidades tan raras en Persia como en otras partes; los grandes abandonaron al débil soberano y las tropas estaban descorazonadas. En esta situación no ocurrió otra cosa á Mohammed mas que enviar un mensajero al encuentro de Safar para preguntarle si el califa le había nombrado también gobernador del Corasan, á lo cual contestó Safar golpeando el puño de su espada: «Aquí está mi nombramiento.» El tahirita, no sintiéndose con fuerzas para resistir, se conformó y se sometió al vencedor, el cual se contentó con guardar al príncipe prisionero en su campamento, hasta que éste recobró su libertad en el año 262 (876), cuando Safar sufrió la gran derrota cerca de Deir-el-Akul. Desde entonces vivió retirado y rodeado de lujo en el palacio que su familia poseía en Bagdad.

Safar, el ex-calderero, estaba en el apogeo de su carrera victoriosa; era dueño absoluto de todos los territorios entre el Oxo, el Indo, el mar y el desierto de Persia, incluso el Kirman, es decir, casi de la mitad del imperio de los califas; pero desde la ocupación de Nischapur le abandonó la fortuna, quizás para darle ocasión de demostrar hasta dónde llegaban su energía y su tenacidad perseverante. Habíasele escapado, mientras se apoderaba del Corasan, el rebelde Abdallah Es-Sedchesi, refugiándose cerca de Hasan, el descendiente de Alí, cuyo dominio se extendía sobre todo el Gorgan, el Tabaristan, Deilem, Kaswin y Rei. Safar, ya por terquedad, ya para que el castigo del rebelde sirviera de escarmiento á otros, reclamó al fugitivo, y como Hasan se negara á la extradición, penetró Safar en el Gorgan y Tabaristan. Pero allí donde á todos los soberanos de Persia hasta hoy ha costado trabajo hacerse obedecer, encontró también Safar el límite de su poderío. Por lo pronto arrolló toda resistencia, pero internándose en las escabrosidades de aquella región montuosa, en persecución del enemigo, perdió 40,000 hombres, aunque logró su voluntad apoderándose del fugitivo Abdallah en Rei en el año 260 (874). Hízole ejecutar; pero en el año siguiente el alida Hasan volvió á posesionarse del Tabaristan, mientras Safar estaba conquistando á Fars y parte del Chusistan, donde Mohammed Ibn Wasil se había hecho mas poderoso de lo que á Safar convenía. Despues de algunas negociaciones de arreglo que no dieron resultado, fué vencido Safar por primera vez en

batalla campal cerca de Deir-el-Akul, á orillas del Tigris, por Muwafak, el regente del califato, en el año 262 (876). No obstante este descalabro, continuó Safar impertérrito la lucha bajo auspicios siempre mas desgraciados, porque el sagaz regente había procurado con suma actividad suscitar á sus espaldas enemigos en todas partes. Así en el Corasan, en el año 261 (875), se levantaron en armas los partidarios de la dinastía caída acaudillados por el hermano de Mohammed Ibn Tahir, mas enérgico que éste. Al mismo tiempo el samanida Nasr Ibn Ahmed recibió de Bagdad la confirmación del cargo de gobernador de Samarcanda, con lo cual quedó creado al Nordeste del imperio de Safar un estado rival de éste, conforme se vió cuando al cabo de unos diez años Nasr hubo vencido las primeras dificultades y arreglado las cuestiones suscitadas entre él y su hermano Ismael, emir de Bokhara. Entre los samanidas y los sublevados del Corasan existieron desde el primer día relaciones muy amistosas, y así estos últimos estaban asegurados por la espalda y podían dirigir todas sus fuerzas contra Safar. La desorganización llegó finalmente á tal extremo, que cualquier jefe que disponía de algunos miles de hombres se hacía dueño de una comarca con pretexto de luchar ya por un descendiente de Tahir, ya por el califa. A la multitud de estos jefes de facciones se agregó Hasan el alida, y muerto éste en el año 270 (884), su hermano Mohammed, que complicaron, como amigos del uno y enemigos del otro, la situación. Era aquella una guerra de todos contra todos, y cuando Safar, el gran capitán que todo lo había trastornado en aquellos países, antes tan prósperos y felices, murió de enfermedad el 4 de junio de 879 en Gondeschapur, ocupado hasta el último momento en proyectos contra el califato, había llegado la confusión á su colmo y parecía imposible poder jamás restablecer el orden y la calma. A pesar de este estado desesperado de la situación general, no se amilanó Amr Ibn el-Leith, hermano y sucesor de Safar, del cual los historiadores ensalzan el gran talento para conocer y tratar á los hombres. Había abandonado su industria de alquilar borricos, y lo mismo había hecho su hermano Alí, cuando el otro hermano, el calderero, había llegado á ser jefe de una respetable hueste. El no haber mostrado antes estas cualidades eminentes fué quizás efecto de celos y desconfianza del hermano mayor, que no quería crearse competidores en su misma familia, porque se sabe que las relaciones entre Alí y Amr no fueron en el último tiempo muy amistosas. Amr resistió 23 años en circunstancias difícilísimas á todos los embates con tanto valor como habilidad, y varias veces logró restablecer, á lo menos por algun tiempo, todo el imperio de su hermano. Su primer golpe maestro, tan pronto como el ejército le hubo reconocido por emir, fué su sumisión solemne al regente Muwafak, asegurándose así la sucesión oficial en los grandes feudos del Corasan, Sind, Sedyestan, Kirman, Ispahan y Fars. En esta última provincia, como ya sabemos, su poder fué al principio mas nominal que real, pero en el Este logró restablecer y robustecer su autoridad por la habilidad con que supo sembrar la discordia entre los diferentes rebeldes y atraerse á uno de ellos. En 268 (881-882) restableció su dominio en Fars y una parte del Chusistan; pero la situación, tan favorable para él, cambió cuando Muwafak hubo aniquilado en el año 270 (883) á los sinds, recobrando de este modo su libertad de acción. Entonces intimó á Amr la evacuación del Farsistan y del Corasan y le mandó entregar el gobierno de este último país á Mohammed Ibn Tahir. No queriendo obedecer Amr, marchó contra él un ejército del califa en el año 271 (884), y tres años después, en 274 (887), el mismo ejército acaudillado por Muwafak le expulsó de las dos provincias.

Entretanto, en 271 (884) y en nombre de Mohammed Ibn Tahir, que continuaba en Bagdad, se había apoderado de todo el Corasan uno de los emires, llamado Rafi Ibn Harthama, que se disputaban aquel país á la sombra de la bandera de uno ú otro pretendiente ausente, y Mohammed Ibn Tahir volvió á ser gobernador legítimo, pero sin abandonar su residencia en Bagdad, gobernando el Corasan en su nombre el emir Rafi. Este, considerándose dueño absoluto, extendió en 277 (890) su dominio sobre el Tabaristan, de donde arrojó al descendiente de Alí, Mohammed Ibn Seid, y no contento con este aumento de poder, quiso también incorporar á su emirato la Media en 279 (892). Esta codicia indignó al nuevo califa, Mótadid, que entonces acababa de empuñar las riendas del gobierno, y que siendo hombre decidido y enérgico destituyó sin consideración á Mohammed Ibn Tahir y á su representante Rafi, investiendo del gobierno del Corasan á Amr, que no se hizo de rogar para aceptarlo y que á la sazón era solo señor del Sedyestan y del Kirman. Mohammed, el descendiente de Alí, se mezcló en los sucesos, Rafi no quiso conformarse, y después de varias peripecias fué asesinado en 17 de noviembre de 896 (7 de Schawwal del año 279), siendo el resultado que Amr quedó dueño no solamente del Corasan sino también del Tabaristan. Pero esto no hizo mas que aguzar su apetito, y concibió la funesta idea de apoderarse también de la Transoxania, donde había muerto en 279 (893) el samanida Nasr, cuyo hermano y sucesor Ismael era hombre belicoso. Ismael rechazó el ejército enviado por Amr contra Bokhara y sorprendió, derrotó é hizo prisionero á éste cerca de Balh, donde estaba reuniendo fuerzas para conducirlas en persona al otro lado del Oxo. Esto sucedió en el mes de Rabí I de 287 (marzo de 900). Ismael aprovechó su victoria: ocupó todo el país entre Balh y Nischapur, marchó luego contra Mohammed, descendiente de Alí, que fué muerto, y conquistó á Gorgan y el Tabaristan. La mayor parte del imperio reunido por Alí y el Safar quedó con esto incorporada al imperio de los príncipes samanidas. Amr fué conducido á Bagdad en 288 (901), donde poco después de la muerte del califa Mótadid, ocurrida en 889 (902), fué degollado en la cárcel. Ni Tahir ni su tío, Leith Ibn Alí, que le quiso suplantar en el emirato, eran hombres de las cualidades de Safar y de Amr, y después de muchas turbulencias, provocadas por otros miembros de la familia, ocupó el país en 298 (911) el samanida Ahmed Ibn Ismael, sucesor de su padre, que había muerto el 15 de Safar de 295 (25 de noviembre de 907). Dos años después levantó una facción un sobrino de Tahir llamado Amr Ibn Yacub, pero fué derrotado y hecho prisionero á fines del año 300 (mediados de 913). Este fué el fin de la dinastía fundada por Yacub Ibn Leith, el Safar. Posteriormente, en tiempo de los gaznevidas, hicieron hablar de sí algunos individuos que pretendían ser descendientes de esta familia, pero no llegaron á adquirir importancia.

CAPITULO III

LOS SAMANIDAS Y LOS BUWEIHIDAS

Yacub el Safar había sido con sus expediciones y guerras de pillaje una terrible calamidad para mas de la mitad de los territorios persas; el único resultado útil que de tantas desgracias sacó el país, resultado que contribuyó mucho á desenvolver su nacionalidad, fué su separación completa del califato, cosa que los tahiritas no habían acertado ni á comprender ni á realizar. Acaso los califas abasidas habrían recobrado el antiguo y perdido dominio en aquella región de su dilatado imperio, después de la caída de la dinastía fundada por Yacub el Safar, si la brillante carrera que tomaron

desde la muerte de Mótadid no hubiese quedado cortada súbitamente con el fallecimiento prematuro de Múktafi en el año 295 (908). Los repetidos esfuerzos que el emir el-omará Munis, en el miserable reinado de Móktadir, hizo para conservar la Media, el Kirman y el Farsistan bajo el dominio directo del califa, solo tuvieron éxito pasajero, y mas allá del Kirman ni siquiera había probabilidad de adelantar, como lo probó la última y débil tentativa hecha desde el Sedyestan en 301 (914), porque los karmatas, sadschidas y hamdanidas no cesaban de desacreditar y despreciar al poder central á medida que se iba debilitando. Todo el Oriente quedó abandonado á la ambición de los príncipes de la familia de Saman, y aunque jamás dejaron éstos de reconocer la alta soberanía de los califas de Bagdad, y de acuñar monedas con su nombre, en realidad reinaron enteramente independientes desde el verdadero fundador de la dinastía, el enérgico Ismael Ibn Ahmed, que reinó desde 279 hasta 295 (desde 893 hasta 907), y muy particularmente desde la prisión de Amr, el nieto de Yacub el Safar, tanto que ni remotamente les ocurrió la idea de pagar tributo á los califas ni de prestarles el menor auxilio para salvar su poder temporal, que iba desapareciendo por momentos.

Ahora bien, teniendo presente que el imperio de los samanidas abarcaba, además de la Transoxania, los emiratos de Balh y Herat (1), el Sedyestan, el Corasan, Gorgan, Tabaristan y Rei ó sea la Media septentrional, y que los emires gobernadores de Ispahan, Kirman y Fars, jamás cesaban en su política de sacudir la decadente autoridad de los califas, se ve que la ocasión no podía ser mas propicia para reunir todas las provincias persas en un solo imperio en que predominara la nacionalidad persa. Pero la constitución de semejante potencia no ocurrió entonces á nadie, ni el pueblo persa mostró en todo el siglo siguiente la menor aptitud para realizar la fundación de un Estado dotado de vitalidad y estabilidad que comprendiera á todos los pueblos pertenecientes al mismo tronco establecidos desde Bokhara hasta Chiraz. Esto se explica, como hemos expuesto al principio de este libro, por la falta de perseverancia y de espíritu colectivo de la raza, y por la carencia de un interés comun como el religioso, que entonces apenas empezaba á desarrollarse bajo la forma del siismo. En algunas partes, particularmente en las provincias del mar Caspio, desde un principio hostiles á los abasidas y amantes de su libertad, se inclinaba á favorecer á los descendientes de Alí; en otras partes se equilibraban los ortodoxos con los siitas ó no habían formado siquiera campos separados, de modo que faltaba todavía mucho para que el lazo religioso particularista abarcara todas las clases del pueblo y tuviera la fuerza necesaria para unirlos en un solo haz, como mas adelante en tiempo de los sofíes (2), reemplazando al sentimiento de la independencia y unidad de la patria. En las condiciones dadas en la época de que tratamos, solo un monarca de gran talento, conquistador y organizador, habría podido formar un imperio persa imponiendo la unión á la fuerza; en aquellas circunstancias no existía semejante monarca en Persia; todas las fuerzas vivas de la nación se malgastaron en guerras pequeñas sin mas objeto que crear, conservar, destruir y aumentar siempre nuevos Estados particulares, y contra esta corriente fatal nada pudieron los samanidas, que, sin embargo, no eran una raza inepta, como lo demostraron en todo el largo tiempo de su reinado, desde 287 (900) hasta 389 (999). El rasgo mas característico de esta familia eran la bondad y la tolerancia, como lo escribió un súbdito

suyo poco antes de su ruina: «La índole de la casa de Saman está penetrada de benevolencia y de generosidad; el tolerar y perdonar faltas de sus servidores es costumbre antigua en esta familia (3).» En efecto, obsérvese en la política de los samanidas la constante tendencia á proteger con la mayor amplitud posible los intereses divergentes de las diferentes comarcas de sus dominios como los de las distintas clases de la población, y hasta los deseos y tendencias particulares de los individuos. Difícilmente habríase encontrado en todo el Oriente de la Edad media la tolerancia religiosa de los samanidas. En su corte, que se reconocía vasalla de los abasidas, pudieron cantar El-Kisa'i, poeta natural de Merw, á Alí y á los doce imanes, y otro poeta, Dakiki de Tus, las excelencias de la religión de Zoroastro, de la cual se gloriaba de ser adepto. En la misma corte se perdonó á un gobernador rebelde y levantisco porque se presentó arrepentido de su conducta, cosa nunca vista en ninguna corte mahometana; y se le perdonó de todas veras, no con idea traidora de amansarle y meterle en una seguridad engañadora para deshacerse de él á la primera ocasión. Entre los miembros de esta familia reinaba un cariño que en vano se habría buscado ni en la de los omíidas, ni mucho menos en la de los abasidas, á pesar de no faltar motivo para rivalidades, intrigas y odios con motivo de la vaguedad é inseguridad de la sucesión y de la influencia excesiva que los grandes tenían en esta última. Solo se conoce un caso en que un samanida, Nuh II, hizo cegar á dos hermanos rebeldes. Esta política interior era facilitada á la verdad por un espíritu análogo de moderación que reinaba en las familias mas cercanas al trono, y todo junto permitió una política extranjera eminentemente pacífica. Espíritu guerrero verdadero mostraron solamente dos soberanos de esta dinastía, el primero y el último, Ismael Ibn Ahmed é Ismael, llamado el Muntasir, el último de su raza, que gastó sus fuerzas en tentativas infructuosas para restablecer el imperio de sus antepasados. Los demás gobernantes de esta familia vigilaban con cuidado desde Bokhara, donde tenían su corte desde el reinado de Ismael, la conducta de sus lugartenientes, gobernadores y feudatarios, y obraban pronto y enérgicamente al menor conato de rebeldía y sublevación, pero encargaban generalmente la represión á sus generales. Ninguno, excepto Ismael, intentó jamás conquistas ni menos incursiones con objeto de hacer botín al Norte de sus fronteras, en los territorios del khan de los turcomanos. Con éstos solo tuvieron que medir las armas para rechazar y castigar los atropellos poco frecuentes que cometían; pero dejaron en manos de sus propios habitantes á Cabul y las comarcas limítrofes, excepto el valle de Gazna, por ser fácilmente accesible desde el Sedyestan y el país de Ghor.

En el Oeste, donde el Gorgan y el Tabaristan facilitan la comunicación entre el Corasan, que pertenecía á los samanidas, y la Media, fué imposible mantener una política pacífica, y solo para proteger contra los ataques enemigos el Corasan se vieron forzados los príncipes citados á intervenir en las provincias persas occidentales, á las cuales de otro modo habrían preferido abandonar seguramente á su propia suerte. No podían pensar en anexiones por aquel lado, porque ni era esta la política de los emires de Bokhara, ni estaba su imperio organizado para emprender y llevar á cabo semejantes conquistas. Por otro lado, los califas carecían de fuerza para tener sujetas las provincias de Kirman, Fars y la Media, que por lo mismo eran teatro constante de luchas entre ambiciosos; pero esto nada habría importado á los sa-

(1) Cabul recuperó su independencia á la muerte de Safar.

(2) Malcolm: *History of Persia*, Londres, 1815, II, pág. 381.

(3) Véase Mirchond: *Histoire des Samanides*, par DeFrémery, Paris, 1845, pág. 63 del texto y 174 de la traducción.